



Kafka, Franz

- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:

Buchwald Editorial, 2022.

Traducción de: Enrique Salas

Título original: *Ein Hungerkünstler*, 1922

Imagen de tapa: *Auferstehender Jüngling*, Milly Steger, 1920



Buchwald Editorial

Buenos Aires / Argentina

info@buchwaldeditorial.com

www.buchwaldeditorial.com

Franz Kafka

Un artista del hambre

BUCHWALD

En las últimas décadas, el interés por los artistas del hambre ha disminuido considerablemente. Mientras que antes era rentable producir por cuenta propia grandes espectáculos de este tipo, hoy en día es imposible. Eran otros tiempos. En aquel entonces, toda la ciudad se entretenía con el artista del hambre; con cada nuevo día de hambruna el interés aumentaba. Todos querían verlo, por lo menos, una vez al día. Durante las últimas funciones, había personas con abonos que se sentaban mañana, tarde y noche frente a la pequeña jaula. Incluso se organizaban visitas nocturnas, que, para aumentar el efecto, se iluminaban con antorchas. En días soleados, sacaban la jaula al aire libre y eran los niños, especialmente, los que admiraban al artista del hambre, ya que, para los adultos, no era más que una simple diversión, algo en lo que participaban porque estaba de moda. Sin embargo, los niños miraban asombrados, con la boca abierta, tomándose de las manos por el miedo, cuando el artista del hambre se sentaba sobre la paja esparcida, despreciando un sillón; con unas calzas negras; pálido; las costillas exageradamente visibles; a veces asentía cortésmente; respondía preguntas con una sonrisa forzada, hasta sacaba

el brazo a través de los barrotes para que la gente sintiera su delgadez. Pero luego volvía a hundirse por completo en sí mismo, no prestaba atención a nada, ni siquiera a lo que era tan importante para él: el sonido del reloj, el único objeto de la jaula. Tenía la mirada perdida, los ojos casi cerrados y, de vez en cuando, bebía de un vaso de agua diminuto para humedecerse los labios.

Además del público de paso, también había vigilantes permanentes elegidos por la gente –por extraño que fuera, solían ser carniceros–, que, siempre en grupos de tres, tenían la tarea de observar día y noche al artista del hambre para que no ingiriera alimentos de forma secreta. Sin embargo, era una mera formalidad, adoptada para tranquilizar a las masas, porque los iniciados sabían muy bien que durante el período de hambruna, el artista del hambre nunca, bajo ninguna circunstancia, habría comido lo más mínimo, ni aún siendo obligado; el respeto por su arte se lo prohibía. Naturalmente, no todos los vigilantes comprendían eso. A veces se formaban grupos nocturnos que hacían su ronda sin mucha dedicación y, sentados juntos en un rincón lejano, se

dedicaban a jugar a las cartas, con la clara intención de concederle al artista del hambre la oportunidad para un pequeño refrigerio, que, según pensaban, podía encontrar en algún abastecimiento secreto. Nada atormentaba tanto al artista del hambre como ese tipo de vigilantes. Lo ponían triste; le dificultaban terriblemente la hambruna; a veces superaba su debilidad y cantaba mientras lo vigilaban –por lo menos mientras podía hacerlo– para mostrarle a esa gente lo injustas que eran sus sospechas. Pero no servía de nada. Los vigilantes se asombraban de su habilidad para poder comer incluso mientras cantaba. Él prefería a los vigilantes que se sentaban casi pegados a los barrotes y, no satisfechos con la tenue luz de la habitación, lo iluminaban con linternas eléctricas que el empresario ponía a su disposición. Esa luz brillante no le molestaba en lo más mínimo, para él era imposible dormir, aunque podía dormitar con cualquier iluminación y a cualquier hora, incluso en un auditorio repleto y ruidoso. Estaba feliz de pasar la noche entera sin dormir con esos vigilantes; estaba dispuesto a bromear con ellos, a contarles historias sobre su vida errante, también a escuchar sus historias, y todo para mantenerlos

despiertos, para poder mostrarles que no tenía nada para comer en su jaula y que estaba pasando hambre como ninguno de ellos podría hacerlo. Pero era más feliz cuando llegaba la mañana y le servían a los vigilantes un espléndido desayuno a sus expensas, sobre el que se lanzaban con el apetito de los hombres sanos después de una dura noche de trabajo sin dormir. Es cierto que había personas que querían ver en ese desayuno un medio indebido para influir en los vigilantes; pero eso es ir demasiado lejos. Cuando se les preguntaba si harían el turno nocturno porque sí, sin el desayuno, evitaban responder; aunque ellos seguían sospechando.

De todos modos, eso era parte de las ya inseparables sospechas del hambre. Nadie, de hecho, estaba en condiciones de vigilar ininterrumpidamente, día y noche, al artista del hambre, por lo tanto, nadie podía saber, sobre la base de su propia observación, si pasó hambre de forma ininterrumpida y sin faltas. Sólo el artista del hambre podía saberlo, así que era, al mismo tiempo, el único espectador capaz de estar completamente satisfecho con su propia hambuna. Pero nunca estuvo satisfecho. Quizás no fue

el hambre la razón de tal delgadez –que, a muchas personas, a su pesar, alejaba de su exhibición porque no podían soportar mirarlo–, sino tan sólo la insatisfacción consigo mismo. Y es que solo él sabía algo que ni los iniciados sabían: lo fácil que era pasar hambre. Era lo más fácil del mundo. Tampoco lo ocultaba, pero no le creían; en el mejor de los casos, pensaban que estaba siendo modesto. En la mayoría de los casos, se creía que buscaba publicidad o incluso que era un estafador, para quien, el hambre era fácil, porque sabía cómo hacerlo fácil, y que encima tenía el descaro de admitirlo a medias. Todo eso tenía que soportar. Con los años se había ido acostumbrando, pero esa insatisfacción nunca dejaba de corroerlo por dentro. Aun así –y esto hay que reconocérselo–, nunca abandonó la jaula por voluntad propia después de un período de hambre.

El empresario había fijado la duración máxima de una hambruna en cuarenta días, nunca permitía que ese punto se sobrepasara, ni siquiera en las ciudades más cosmopolitas. Tenía buenas razones. La experiencia había demostrado que durante unos cuarenta días era posible despertar cada vez más

el interés en la ciudad al incrementar gradualmente la publicidad; luego el público se alejaba, había una disminución significativa de la afluencia; claro que había pequeñas diferencias entre las ciudades y los países, pero como regla general aplicaban los cuarenta días. Ese día se abría la puerta de la jaula, ya estaba cubierta de flores; un público entusiasta llenaba el anfiteatro, tocaba una banda militar, dos médicos entraban a la jaula para hacerle los exámenes necesarios al artista del hambre, con un megáfono se daban a conocer los resultados al público, y, finalmente, llegaban dos señoritas, felices de ser ellas las que acababan de ser seleccionadas por sorteo, y ayudaban al artista del hambre a bajar un par de escalones para salir de la jaula y llegar a una pequeña mesa donde estaba servida una comida de hospital cuidadosamente elegida. Y era en ese preciso momento en que el artista del hambre siempre se resistía. Cierto es que, todavía colocaba voluntariamente sus macilentos brazos en las manos extendidas y serviciales de las señoritas que se inclinaban sobre él, pero no quería ponerse de pie. ¿Por qué detenerse ahora, después de cuarenta días? Podría seguir por más tiempo, por un período

de tiempo infinito. ¿Por qué detenerse precisamente ahora, cuando estaba en su mejor momento de la hambruna, de hecho, ni siquiera lo había alcanzado? ¿Por qué querían robarle la gloria de seguir pasando hambre, no solo de poder convertirse en el mejor artista del hambre de todos los tiempos, que probablemente ya lo era, sino también de poder superarse a sí mismo hasta lo inimaginable? Él sentía que su capacidad para pasar hambre no tenía límites. ¿Por qué esa multitud que aparentaba admirarlo tanto tenía tan poca paciencia con él? Si él podía soportar seguir pasando hambre, ¿por qué ellos no querían soportarlo a él? Además estaba cansado y se sentía a gusto sentado en la paja. Ahora se suponía que tenía que pararse y caminar hacia la comida, que, de sólo pensar en ella, le daba náuseas y las reprimía con dificultad solo por consideración a las chicas. Levantó la mirada y la clavó en los ojos de estas señoritas, en apariencia tan amables pero en realidad tan crueles, y movió su cabeza excesivamente pesada sobre su cuello débil. Luego sucedería lo que siempre sucedía. Llegaría el empresario y, mudo –la música hace imposible hablar–, alzaría los brazos sobre el artista del hambre como si invitara al cielo a contemplar su

obra, allí, sobre la paja, a contemplar ese deplorable mártir, algo que ciertamente era el artista del hambre, solo que en un sentido muy distinto. Lo agarraría por su delgada cintura, un gesto que hacía con exagerada precaución para hacer creer al público que estaba lidiando con algo frágil, y lo entregaría – no sin sacudirlo, de modo que las piernas y el tronco del artista del hambre se moverían sin control de un lado para el otro– a las mujeres, que entre tanto se habían puesto lívidas. Ya en este punto, el artista del hambre lo soportaba todo; la cabeza caía sobre su pecho como si se hubiera dislocado e inexplicablemente siguiera colgando; el cuerpo estaba como arqueado, vaciado; las piernas, en un impulso de autoconservación, presionaban tanto que hacían que las rodillas se juntaran y rozaran el suelo, como si no fuera real y lo estuvieran buscando. Todo el peso de su cuerpo, ciertamente insignificante, caería sobre una de las mujeres, que, con la respiración nerviosa, pediría ayuda –así no había imaginado el puesto honorífico– y enderezaría el cuello del artista lo mejor que pudiera para, por lo menos, evitar que su rostro tuviera algún contacto con el de él. Como no lo lograría y su compañera –más afortunada– no vendría

en su ayuda, sino más bien se limitaría a mantener alejada la mano raquítica del artista del hambre –ese pequeño manojito de huesos–, entonces rompería a llorar ante las carcajadas satisfechas del auditorio, y tendría que ser relevada por un asistente que hacía mucho estaba preparado para el inconveniente. Luego vendría la comida, que el empresario ponía de a poco en la boca del artista del hambre, ahora medio inconsciente, como desmayado, mientras parloteaba alegremente para desviar la atención del artista. Después se haría un brindis en nombre del público, que supuestamente el artista del hambre le había susurrado al empresario. La orquesta cerraría todo con una gran tonada honorífica, las personas se dispersarían, y nadie tendría derecho a estar descontento con el evento, nadie, excepto el artista del hambre. Siempre únicamente él.

Así vivió durante muchos años, tomando breves y regulares descansos, en medio de una aparente celebridad, aclamado por las masas. A pesar de todo, solía estar triste, y se volvía cada vez más triste, porque nadie sabía cómo tomarlo en serio. ¿Cómo podían consolarlo? ¿Qué podía desear? Y si alguna

vez aparecía alguien de buen corazón que sentía lástima por él y le explicaba que su tristeza probablemente provenía de su hambre, podía suceder, sobre todo en una fase avanzada del hambre, que el artista del hambre respondiera con un arrebato de rabia y comenzara a agitar las rejas como un animal, para asustar a todos. Sin embargo, en momentos como ese, el empresario tenía un castigo que le gustaba aplicar. Pedía disculpas al público reunido por la conducta del artista del hambre, admitía que la irritabilidad había sido provocada sólo por su hambre, algo bastante comprensible para las personas bien alimentadas. Luego comentaba los dichos del artista del hambre –que también necesitaban explicación– de que podía seguir pasando hambre durante mucho más tiempo; elogiaba el gran esfuerzo, la buena voluntad y la gran abnegación que, sin duda, esa afirmación contenía, pero luego intentaba contradecirla simplemente con fotografías –que también estaban a la venta–, en las que se podía ver al artista del hambre en el cuadragésimo día de su hambruna, en la cama, casi muerto de agotamiento. Aunque el artista estaba familiarizado con esa tergiversación de la verdad, siempre volvía a enervarlo,

era demasiado para él. ¡Se presentaba como consecuencia de la interrupción anticipada de la hambruna algo que era su causa! Imposible luchar contra esa incomprensión, contra ese mundo de incomprensión. De buena fe, escuchaba con entusiasmo al empresario junto a los barrotes de su jaula, pero cuando aparecían las fotografías se alejaba y, con un suspiro, volvía a hundirse en la paja, mientras el público tranquilizado podía volver a acercarse y verlo.

Cuando años más tarde los testigos de aquellas escenas pensaban en ellas, les era incomprendible su propio comportamiento. Y es que, entre tanto, se había producido el cambio ya antes mencionado. Ocurrió de golpe. Puede que haya tenido causas más profundas, pero ¿a quién le importaba descubrirlas? En cualquier caso, el mimado artista del hambre se vio un día abandonado por la multitud ávida de espectáculos, que preferían abalanzarse sobre otras atracciones. Una vez más, el empresario recorrió con él media Europa para ver si aún podía encontrar en algún lugar el viejo interés. Todo en vano. Parecía un pacto secreto, en todas partes se había formado una aversión contra los espectáculos del hambre. Es

evidente que, en realidad, no pudo haber sucedido de golpe. Se comenzó a recordar una serie de presagios que, en el momento de la embriaguez del éxito, no habían sido tenidos en cuenta lo suficiente, pero que ya era demasiado tarde para hacer algo al respecto. Si bien estaba claro que los buenos tiempos del hambre volverían algún día, ese no era un consuelo para los vivos. ¿Qué iba a hacer el artista del hambre? Un hombre al que miles de personas habían aclamado no podía exhibirse en los puestos de ferias de pueblo, y el artista del hambre no solo era demasiado viejo para emprender una nueva profesión, sino que, sobre todo, estaba fanáticamente entregado al hambre. Así, se despidió del empresario, compañero de una carrera sin igual, y se dejó contratar por un gran circo. Para no herir su sensibilidad, ni siquiera miró los términos de su contrato.

Un gran circo con su infinidad de personas y animales y aparatos que van y vienen puede necesitar a cualquiera en cualquier momento, incluso a un artista del hambre, siempre que, por supuesto, sus demandas sean modestas. Además, en este caso particular, no solo se contrata al artista del hambre,

sino también a su antiguo y famoso nombre, de hecho, dada la naturaleza de su arte, que no disminuye con la edad, nadie podría afirmar que un artista envejecido, que ya no se encuentra en la cima de sus habilidades, se esté refugiando en un tranquilo puesto de circo; todo lo contrario: el artista del hambre declaró que podía pasar hambre tan bien como en épocas anteriores, algo que era totalmente creíble, sí, incluso afirmó que si lo dejaba actuar bajo sus condiciones –y se lo prometieron sin discusión– realmente asombraría al mundo por primera vez, una afirmación que, sin embargo, dada la aceptación del público en su momento –que el artista olvidaba con facilidad en su entusiasmo–, sólo provocó una sonrisa entre la gente del oficio.

Sin embargo, en el fondo, el artista del hambre no había perdido la capacidad de percibir cómo eran realmente las cosas, y le pareció natural que él y su jaula no fueran la atracción principal y no lo colocaran en un lugar concurrido, sino afuera –por cierto, en otro lugar fácilmente accesible–, cerca de los establos. Carteles de colores enormes rodeaban la jaula y anunciaban lo que allí había. Durante las pausas

de la función principal, cuando el público visitaba en masa los establos para ver a los animales, difícilmente podían evitar pasar junto al artista del hambre y detenerse allí un momento. Quizás habrían permanecido junto a él más tiempo, si no fuera porque en ese punto la gente se amontonaba y empujaba, no entendían esa pausa en el camino hacia los tan ansiados establos, y una contemplación pacífica más tranquila y prolongada era casi imposible. Esta fue también la razón por la que el artista del hambre comenzó a temblar ante esas visitas, aunque también las anhelara, naturalmente, eran el propósito de su existencia. Al principio apenas podía esperar las pausas, encantado veía venir a la multitud que irrumpía, hasta que se convenció demasiado rápido –incluso el autoengaño más obstinado, casi deliberado, no aguantó ante la experiencia– de que, a juzgar por sus intenciones, la mayoría de las personas, siempre y sin excepción, solo visitaba los establos. Esa imagen desde la distancia seguía siendo su momento más hermoso. Porque cuando se acercaban a él, inmediatamente lo abrumaban los gritos e insultos de los dos grupos que se formaban: por un lado, los que querían mirar al artista del hambre con

comodidad –pronto se convirtió en el más desagradable para él –, no porque sabían, sino por capricho o por pura testarudez; y, por otro, el grupo cuya única exigencia era ir directamente a los establos. Una vez que pasaba la gran turba, llegaban los rezagados, y aunque nada impedía que estas personas se quedaran paradas todo el tiempo que quisieran, pasaban a grandes zancadas, casi sin mirar de reojo, para llegar a tiempo a donde estaban los animales. Era un golpe de suerte demasiado raro cuando un padre se acercaba con sus hijos, señalaba con el dedo al artista del hambre, daba una explicación detallada sobre lo que estaba sucediendo allí y hablaba de tiempos pasados, de cuando él había estado presente en espectáculos similares pero incomparablemente más imponentes. Y luego, los niños, debido a su insuficiente preparación en la escuela y en la vida –¿qué podían saber del hambre?–, permanecían inmóviles y sin comprender nada, aunque el brillo de sus ojos curiosos revelaba algo de tiempos venideros y más clementes. A veces, el artista del hambre se decía que, tal vez, todo mejoraría un poco si no estuviera tan cerca de los establos. Aunque de esa manera sería demasiado fácil para la gente elegir,

sin mencionar que se sentía ofendido y constantemente agobiado por el hedor de los establos, el alboroto nocturno de los animales, el transporte de los trozos de carne cruda para los animales carnívoros y los rugidos cuando los alimentaban. Pero no se atrevía a hacer un reclamo en la administración; en todo caso, tenía que agradecer a los animales la multitud de visitantes entre los que, de vez en cuando, podía haber uno destinado para él, y quién sabe dónde lo esconderían si quisiera recordarles de su existencia y, con eso, que, en rigor, no era más que un obstáculo en el camino hacia los establos. Por cierto, un pequeño obstáculo, uno que cada vez era más pequeño. La gente se acostumbró a lo extraño que era en esos tiempos querer prestar atención a un artista del hambre, y ese hábito fue su sentencia definitiva. Podía pasar hambre lo mejor que podía, y lo hizo, pero ya nada podía salvarlo, la gente pasaba de largo. ¡Intenté explicar el arte del hambre! Si alguien no lo siente, no hay forma de hacérselo entender. Los hermosos carteles se ensuciaron y eran ilegibles. Los arrancaron, nadie pensó en reemplazarlos. La pequeña pizarra con el número de días de hambre, que desde el principio actualizaban

cuidadosamente a diario, hacía mucho que no cambiaba. Después de las primeras semanas, el personal se había cansado incluso de esa pequeña tarea; y así, el artista del hambre siguió pasando hambre tal como lo había soñado en épocas anteriores, y no tuvo ninguna dificultad para lograr lo que ya había predicho en aquel entonces, pero nadie contaba los días, nadie, ni siquiera él mismo sabía cuán grande había sido su logro en ese momento. Su corazón se llenó de tristeza. Y cuando alguna vez una persona que pasaba por ahí se burlaba del viejo número de días y hablaba de una estafa, era, para él, la mentira más estúpida que la indiferencia y la malicia innata podían inventar, porque el artista del hambre no estaba engañando, trabajaba honestamente; era el mundo el que lo estaba engañando a él y privando de su recompensa.

Volvieron a pasar muchos días y también eso llegó a su fin. Una vez la jaula llamó la atención de un supervisor, que preguntó a los encargados por qué habían dejado una jaula perfectamente útil sin usar y con paja podrida adentro. Nadie pudo responderle hasta que alguien se percató de la pizarra con

números y recordó al artista del hambre. Movieron la paja con un palo y allí encontraron al artista del hambre. “¿Todavía seguís pasando hambre?”, preguntó el supervisor, “¿Cuándo pensás parar?”. “Perdóname todo”, susurró el artista del hambre. Solo el supervisor, que tenía la cabeza contra la jaula, lo entendió. “Seguro”, dijo, y se llevó el índice a la sien para indicar el estado en el que se encontraba el artista del hambre, “te perdonamos”.

“Siempre quise que admiraran mi hambre”, dijo el artista. “Lo admiramos”, dijo el supervisor con amabilidad. “Pero no deberían admirarlo”. “Bueno, entonces, no lo admiramos, pero ¿por qué no deberíamos admirarlo?”. “Porque yo tengo que pasar hambre, no tengo alternativa”. “Mirá vos”, dijo el supervisor “¿por qué no tenés alternativa?”. “Porque”, dijo el artista del hambre, levantó un poco la cabeza y, con los labios fruncidos como para dar un beso, habló directo al oído del supervisor para que no se perdiera nada: “porque no pude encontrar comida que me gustara. Si la hubiera encontrado, creeme que no habría hecho un espectáculo de mí mismo y habría comido hasta quedar satisfecho,

como vos y todos los demás”. Esas fueron sus últimas palabras, pero en sus ojos desfallecidos permanecía la firme, aunque ya no orgullosa, convicción de que seguía pasando hambre. “Ya fue, limpien esto”, dijo el supervisor. Y enterraron al artista del hambre con la paja. En su jaula pusieron una pantera joven. Incluso para la persona más indolente, fue claramente un alivio ver a ese animal salvaje dar vueltas en esa jaula que había permanecido abandonada por tanto tiempo. A la pantera no le faltaba nada. La comida que le gustaba se la traían los vigilantes sin pensarlo demasiado; ni siquiera parecía extrañar la libertad; aquel cuerpo noble, provisto de todo lo necesario, casi al punto de reventar, también llevaba consigo la libertad, como si estuviera en algún lugar de su dentadura; y la alegría de vivir venía con tanta intensidad de sus fauces que a los espectadores les costaba mantenerse frente a ella. Pero se controlaban, se amontonaban alrededor de la jaula y no tenían deseos de moverse del sitio.



BUCHWALD
EDITORIAL